

G. Bibes

EL PARTIDO COMUNISTA ITALIANO

El largo camino del partido comunista italiano hacia el poder se aceleró después de las elecciones regionales del 15 de junio de 1975. Los resultados, en efecto, han permitido al P.C.I. proclamar con más fuerza una vocación gubernamental afirmada desde hace largos años. Sin recordar su participación en los gobiernos tripartitos, inmediatamente después de la guerra, ya en 1963. P. Togliatti ofrecía su apoyo a un gobierno de centro-izquierda decidido a realizar profundas reformas. La exclusión a priori de cualquier mayoría posible de un partido cuya ideología, organización interna y relaciones internacionales son juzgadas incompatibles con el sistema democrático, es acompañado desde hace tiempos por un acercamiento, lento pero continuo, del P.C.I. al área del poder.

En el plano electoral, ha pasado del 19 o/o de votos en 1946 al 27.2 o/o en 1972. En el plano de las instituciones, mientras que su gestión en las tres regiones "rojas" de Italia (Emilia, Toscana y Umbria) le valía una sólida reputación de buen administrador, la crisis de la centro-izquierda a partir de 1968 abría a las mayorías, débiles y heterogéneas, a la aportación de la oposición. Todas las grandes reformas realizadas en Italia desde 1970, (habitación, desarrollos agrarios, status de los trabajadores, derecho familiar, reforma fiscal, etc.) han sido hechas con plena participación del partido comunista.

Las consecuencias del 15 de Junio.

El 15 de junio de 1975 señala, sin embargo, un giro importante, en la medida en que los resultados de las elecciones han aportado al P.C.I. dos ele-

mentos de fuerza considerables. El primero es el testimonio de su legitimación. Un partido que representa a más de 10 millones de electores y 33.4 o/o de los votos difícilmente puede ser calificado de partido "anti-sistema" y, con este título, ser mantenido en el ghetto de una oposición sin alternativa. La importancia de su afirmación electoral muestra que recibe la confianza, no sólo de una parte extremista de la clase obrera, sino de numerosas capas de la población, en particular, entre las clases intermedias que, en Italia, han jugado siempre un papel esencial en el éxito electoral de los partidos de masas.

El segundo elemento es la conquista de numerosos e importantes centros de poder. La participación directa del partido comunista en la administración de cinco regiones ¹ no ofrece sólo el ejemplo de mayorías diferentes a la que se trata de mantener a nivel nacional. De hecho ha logrado pasar bajo su control múltiples organismos públicos locales sobre los cuales la D.C. ² había basado lo esencial de su dominio sobre la sociedad. Sin duda, el P.C.I. se ha mostrado siempre un censor severo de la política clientelista del partido dominante. Pero, desde el 15 de junio de 1975, los primeros nombramientos en puestos de dirección de los servicios municipales muestran que la "repartición" del poder local no ha desaparecido.

Así reforzado el P.C.I. ha podido jugar un papel esencial a nivel gubernamental. Es claro, en efec-

- 1 La Liguria y el Piamonte están añadidas a las tres regiones tradicionales: Emilia, Toscana y Umbria.
- 2 Democracia cristiana.



to, que el gobierno de A. Moro, emplazado en diciembre de 1974, no se ha repuesto hasta el 7 de enero de 1976 más que gracias a su apoyo. Los testimonios de esta ayuda no faltan. Es suficiente citar los dos más importantes: el informe de N. Chiaromonte al Comité Central del Partido, el 27 de octubre de 1975, dejando ver, por primera vez desde 1947, una abstención comunista con motivo del voto del presupuesto; el discurso de G. Napolitano ³ en la Cámara, el 11 de diciembre de 1975, apoyándose en "posibilidades serias de convergencia" entre la mayoría y la oposición, y de una disponibilidad de su partido a tomar como base de discusión el plan de reestructuración industrial presentado por el Gobierno y rechazado en bloque por los socialistas.

La pregunta importante no es tanto saber si el P.C.I. participará en el gobierno de Italia (la respuesta es ya ampliamente positiva), cuanto de definir las características esenciales que le han asegurado durante mucho tiempo al partido italiano un lugar aparte en el movimiento comunista internacional, y que explica largamente su victoria del 15 de junio.

Un "Partido Nuevo".

Introducido por B. Croce, repensado por A. Gramsci, cuya formación de origen era igualmente "croceana", el marxismo en Italia ha pasado por el filtro del historicismo. De ahí han nacido los dos conceptos que han dado originalidad: el concepto de "hegemonía", comprendido como "dirección

intelectual y moral que un grupo social determinado —por el momento la clase obrera— ejerce sobre la sociedad civil", y el concepto de "bloque histórico", después "compromiso histórico", es decir alianza de clase.

La Estructura de la Sociedad Italiana.

En todo caso, la definición de una estrategia del P.C.I. se apoya sobre un análisis de la sociedad italiana, cuyos dos aspectos han sido particularmente puestos de relieve:

La importancia de las clases intermedias ⁴

La sociedad sobre la cual pensaba Gramsci, y también Togliatti, era una sociedad capitalista inacabada. La población agrícola representaba un porcentaje considerable de la población activa ⁵. Existía ⁶ un proletariado industrial muy politizado, pero estaba concentrado en las ciudades del Norte. La importancia de las clases intermedias y una población meridional mantenida apartada de la modernización debía continuar mucho tiempo como la característica dominante de la sociedad italiana.

Ciertamente, la caída rápida de la agricultura a partir de 1955-1956, los movimientos masivos de migración del Mediodía hacia el Norte y la urbanización, han modificado enormemente las estructuras sociales italianas. Pero los empleos han aumentado menos en el sector secundario que en el terciario. La hipertrofia de la administración, de los organismos locales, del pequeño comercio, bajo el efecto de la política de clientela de la D.C., ha permitido el refuerzo de estas categorías que, como cuando la victoria de Mussolini en 1922, la importancia de las voces en favor de la monarquía cuando el referéndum de 1946, y los sufragios obtenidos por el partido neo-fascista en 1971-1972, se muestran siempre prontas a volverse a la extrema derecha, sobre todo, después de los períodos de apogeo del movimiento obrero.

El hecho católico.

El segundo elemento al cual los responsables comunistas han dedicado siempre una gran atención es el hecho católico. No sólo a causa del fenómeno

- 3— De la dirección del P.C.I., especialista de las relaciones con la industria y los trabajadores.
- 4— Pequeños propietarios campesinos, artesanos, comerciantes, funcionarios.
- 5— 43.5 o/o en el censo de 1951.
- 6— Como lo habían mostrado las ocupaciones de fábricas y las grandes huelgas de 1919-1920, o de nuevo las huelgas de 1943.

religioso,⁷ sino sobre todo por causa de la organización de los católicos en un único partido capaz de conquistar el Estado y de ejercer una hegemonía cultural sobre la ciudad civil.

De este análisis se desprenden algunas conclusiones concernientes al acceso al poder del partido comunista, que pertenecen a la tradición del P.C.I.

El modelo ruso es inaplicable a una sociedad compleja como es la sociedad italiana. El peligro de una reacción de tipo fascista a la acción de una vanguardia revolucionaria está siempre presente. Se añade desde 1945 el de una reacción del sistema internacional del cual Italia forma parte y con el cual su economía está inextricablemente unida.

Se rechaza la toma del poder por la conquista

del Estado.⁸ No se puede cumplir más que por la conquista de la sociedad civil, en el curso de lo que Gramsci definía: una larga guerra de posición. Los instrumentos necesarios para esta estrategia son entonces, por una parte, un partido de masas capaz de penetrar profundamente en todas las capas de la sociedad y no un partido leninista de profesionales revolucionarios; y por otra parte, una política de alianza con otros partidos democráticos.

Un partido de masas

Desde su vuelta a Italia, en 1944, P. Togliatti proclamaba la necesidad de hacer del partido comunista un gran partido nacional. Después de haber sobrepasado los 2 millones de inscritos en 1954, el P.C.I., según las indicaciones del XIV Congreso, tendrá hoy 1,700,000.

Un recorte de tal amplitud implica que el acento se pone en la adhesión a un cierto programa político más que en la pureza ideológica.⁹ Es característico que la organización de base sea la sección local y no la célula de empresa, organización comunista por excelencia. Este cambio, requerido por la "estrategia de la presencia" en el seno de la sociedad civil, permite recoger mejor que, en una estructura más rígida, la adhesión de las categorías a las cuales el P.C.I. ha concedido mucha atención: campesinado, pequeña y mediana burguesía, e igualmente, los nuevos grupos sociales y económicos cuyo nacimiento, va acompañado de un abandono de los medios tradicionales de representación (jóvenes, estudiantes, mujeres, etc.) El voto del 15 de junio de 1975 es según este parecer una confirmación de la capacidad del P.C.I. para hegemonizar una gran parte de la sociedad, es decir, "agregar y cimentar alrededor de él un bloque histórico de fuerzas sociales y políticas unificadas, no sobre el terreno económico, sino sobre el de las ideas y la cultura".¹⁰

En el país donde "la búsqueda de nuevos modelos de identificación" se traduce, como lo señala la revista demócrata-cristiana *La Discusione*, por la "exigencia ansiosa de novedad y de seguridad a la vez", de orden y cambio, el P.C.I. ha sabido presen-

7— Presencia del pasado en Roma, abrumadora mayoría de bautizados: 90 o/o de la población.

8— Ya sea por la violencia, o incluso por el simple juego de una mayoría electoral. (El concepto de hegemonía le elimina).

9— El estatuto del Partido no exige por otra parte ningún compromiso filosófico.

10— G. Borelli, 'I Gramsciani e gli errori degli altri', *La Voce repubblicana*, 9 de noviembre de 1975, p. 3.



tarse como una solución. "Sí, nosotros somos un partido del orden",¹¹ declaraba G. Amendola comparando al P.C.I. con la antigua derecha liberal italiana, y es cierto que una gran parte de la población se ha reconocido tanto en la justificación de los principios de competitividad y de selección,¹² como en la exaltación hecha por E. Berlinguer¹³ de la "seriedad, el compromiso en los estudio, en el trabajo y en la vida".

Al mismo tiempo, el P.C.I. ha tomado conciencia de los cambios acaecidos en la sociedad italiana, tanto en el nivel de los valores morales (el referendun sobre el divorcio lo ha mostrado claramente) como en el del desarrollo económico e industrial. En estos dos campos se esfuerza en dar una respuesta concreta a través de proyectos de reformas graduales, pero lo cierto es que la "lucha por la hegemonía que librarán en adelante, con armas iguales, en Italia, católicos y comunistas, será ganada por quien sepa interpretar con la mayor credibilidad el papel del partido del orden y del desarrollo industrial".¹⁴

Una política de alianza

Cuando, después de los acontecimientos de Chile, E. Berlinguer lanzaba su fórmula del "compromiso histórico"¹⁵ —alianza entre las tres grandes fuerzas populares: comunistas, socialistas y demócratas-cristianos, no a nivel de grupos sociales, sino de los partidos que les representan— se situaba en el camino recto de la tradición del P.C.I. (Gramsci había reconocido en la creación de un partido católico en 1919, "uno de los hechos más importantes desde el Resurgimiento".¹⁶ Togliatti, desde 1944, afirmaba que la unión de la izquierda no bastaba para asegurar la construcción y el desarrollo de la democracia en Italia. Berlinguer recordaba en su informe al XIII Congreso, en marzo de 1972, que una "perspectiva nueva no podía ser pensada más que con la colaboración de las tres grandes corrientes populares". El cuidado constante de los dirigentes comunistas ha sido siempre, en efecto, evitar la ruptura con los católicos.¹⁷ Las elecciones del 15 de junio, a pesar del retroceso de la D.C. (-2.5 o/o en relación a las precedentes elecciones regionales de 1970) y el avance de los partidos de izquierda (P.C.I.: + 5.6 o/o, P.S.I.: + 1.6 o/o), no han modificado esta política. Incluso cuando Bufali, en una entrevista importante, propone a los socialistas una unión que tienda a sobrepasar la escisión de 1921 del movimiento obrero, se apresura a recordar que "una más profunda unidad política e ideológica entre comunistas y socialistas no debe ser confundida con una alternativa de izquierda, sino al contrario, debe ser comprendida en el marco de la alternativa democrática".¹⁸

En efecto, a los ojos del P.C.I., sólo la alianza de las tres grandes formaciones políticas parece aún capaz de asegurar la triple función necesaria para la sobrevivencia de la Italia democrática: impedir la unión entre las fuerzas reaccionarias y las clases intermedias, tan repetida en el curso de la historia italiana; desalentar una intervención exterior (bajo una forma política o, más verosímilmente, económica) contra un gobierno de izquierda; asegurar un largo consenso indispensable para una transformación profunda en el país. Estrategia de la presencia de alianza en el seno de la sociedad civil y política son pues, los dos ejes inseparables de la acción del P.C.I. Pero, si estas nociones forman parte de la herencia histórica, la evolución en la definición de la "vía italiana al socialismo" es innegable. La exigencia de un modelo diferente del modelo soviético no está limitado al momento de la toma del poder en una sociedad capitalista compleja y articulada, muy diferente de la sociedad rusa de 1917. La reflexión, sobre todo, a partir de 1956, sobre las deficiencias de los regímenes socialistas de Europa del Este, el relevo por otra generación de la antigua clase dirigente, las exigencias de un nuevo electorado, han criticado la naturaleza misma de este poder y la manera como el P.C.I. entiende el administrarlo.

11— A. Lombardo, 'Teri era un insulto', *La Discusione*, 14 de julio de 1975.

12— M. Cancogni, 'Colloquio con Giorgio Amendola', *Il Mondo*, 10 de julio 1975, p. 8-12.

13— Intervención del Secretario General del P.C.I. en el Congreso de la Federación de la Juventud comunista, el 12 de diciembre de 1975.

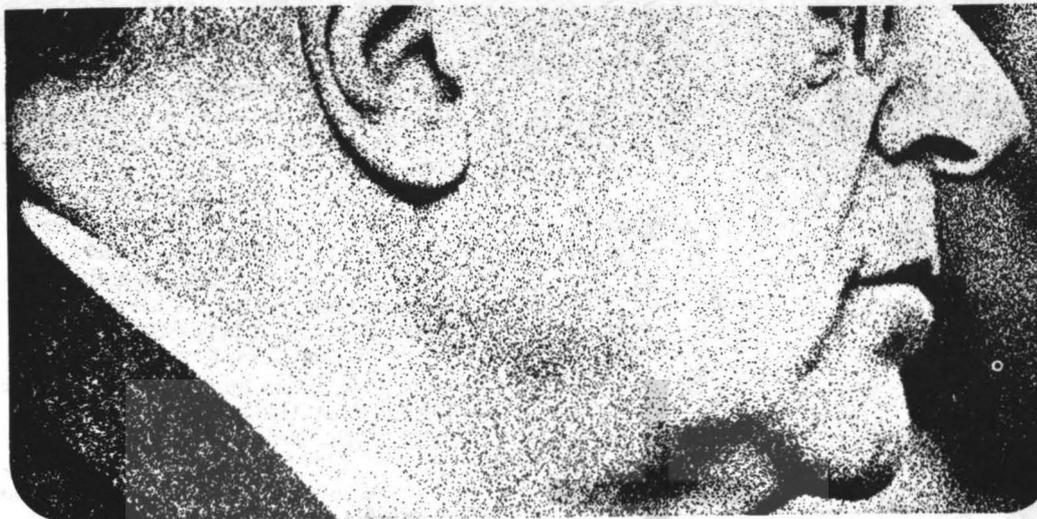
14— M. Cancogni, art., cit., p. 11.

15— *Rinascita*, 28 de septiembre, 5 y 9 de octubre de 1973.

16— Sin duda, el 'bloque histórico' de Gramsci y el 'compromiso histórico' de Berlinguer no tienen exactamente el mismo sentido. Como le explica A. Natta a A. Rizzo en *La Stampa* del 6 de noviembre de 1975: 'El bloque histórico de Gramsci es una alianza revolucionaria. El compromiso histórico quiere ser un entendimiento sobre un proyecto de renovación que se abre, por cierto, sobre soluciones socialistas en un contexto pluralista.

17— Por eso su voto del artículo 7 integrando los acuerdos de Letran en la Constitución de 1947, sus esfuerzos por evitar el referendun sobre el divorcio de 1973-1974, su búsqueda, hoy, de un compromiso sobre el aborto que ha ido hasta el voto, en comisión, del artículo 2 del proyecto de ley con los representantes de la D.C. y del P.S.I.

18— M. Caprara, 'Bufalini cauto ma esplosivo', *El Mondo*, 9 octubre 1975, p. 10.



LA EVOLUCION DEL PARTIDO COMUNISTA

De la dictadura del proletariado a la democracia pluralista.

Las relaciones entre democracia y socialismo han sido la causa de numerosos ajustes por parte de los dirigentes comunistas. Recordemos las más recientes y significativas: la entrevista de E. Berlinguer en *Time*, el 30 de junio de 1975; el artículo de L. Gruppi aparecido en *Rinascita*, el 17 de octubre de 1975, en respuesta a los ataques de la prensa soviética; los dos comunicados publicados después de las conversaciones con los dirigentes de los partidos español (11 de julio de 1975) y francés (17 de noviembre de 1975), que han sido considerados —sobre todo, la declaración conjunta italo-española— como la carta de fundación de un comunismo occidental. La afirmación esencial —particularmente desarrollada en el artículo de L. Gruppi— es que el P.C.I. no se sitúa fuera, sino “en el interior de una democracia parlamentaria, de la cual es uno de los componentes decisivos”. Su fin, no es, pues, abatir, sino “pasar los límites y los vicios”. De este punto de partida se derivan una serie de consecuencias imperativas —al menos, “en las circunstancias históricas actuales” (esto deja de lado a la vez, el pasado y el porvenir)—. Todas las conquistas de la democracia “burguesa” están garantizadas: las libertades individuales (pensamiento, prensa, asociación, opinión, etc.) y el pluralismo político. “Volver a proponer, explica Gruppi, la dictadura democrática de la clase obrera y los campesinos no es posible... lo necesario, es que la dominación monopolística sea aislada y combatida por un conjunto de fuerzas muy grandes”. Este pluralismo implica —y los dirigentes del P.C.I. no dejan pasar ocasión para precisarlo— no sólo “el derecho a la existencia y a la actividad de los partidos de oposición”, sino la aceptación formal de la alternativa democrática.

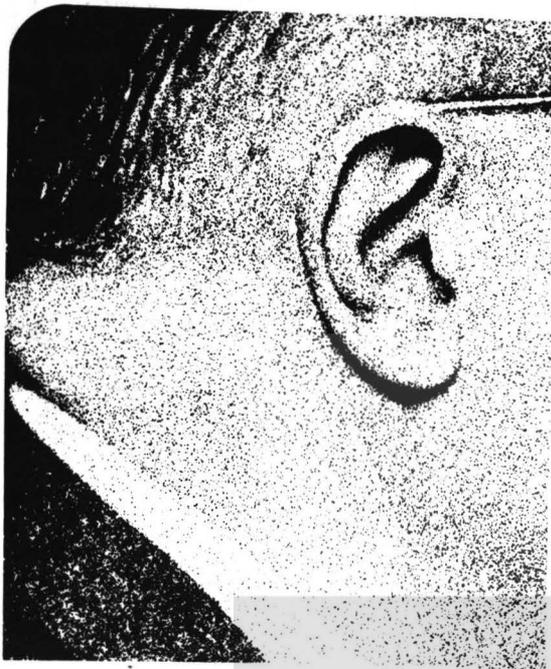
¿Una economía marxista o una cierta forma de radicalismo económico?

La aceptación del pluralismo político conlleva el pluralismo económico. La estrecha correlación de los dos términos es, en efecto, reconocida explícitamente por los dirigentes comunistas, entre otros, por parte del P.C.I., de una política económica fundada sobre un análisis de la situación italiana y del capitalismo occidental.

La naturaleza del capitalismo italiano, con sus amplias lagunas de sub-desarrollo, sus desequilibrios sectoriales y geográficos (el inmenso problema no resuelto aún del Sur de Italia), justifica, en efecto, la prudencia de que hacen gala los economistas del P.C.I. El doble peligro se percibe arrastrado por una transformación demasiado brutal: por una parte, la alianza entre los grupos más afectados por las reformas y de vastas capas de la población;¹⁹ por otra parte, el detenimiento de la expansión económica en un período donde el paro forzoso alcanza ya a más de 1.200.000 personas. Las reformas propuestas por el P.C.I. son pues graduales y acompañadas por la búsqueda de un consensus lo más amplio posible.

En el plano internacional, el P.C.I. no subestima los graves problemas que debe afrontar el capitalismo occidental: modificación de los términos de intercambio entre países industriales y países productores de materias primas (como lo ha mostrado la crisis de la energía), desintegración del sistema monetario internacional, baja general de las tasas de beneficio. Las conclusiones, tales como han sido expresadas, sea con ocasión de la polémica con los Soviéticos, sea en un reciente coloquio sobre el por-

19— Sobre todo cuando las reformas concernían a la propiedad privada, como lo han mostrado las reacciones en 1970-1971 en el voto de las leyes sobre el habitat y las asambleas agrarias.



venir del capitalismo, no reflejan, sin embargo, una visión catastrófica. Concretamente, las proposiciones comunistas se organizan alrededor de dos grandes temas: la propiedad privada de los medios de producción y la programación.

La propiedad privada de los medios de producción. El P.C.I. no tiene en su programa la liquidación de la propiedad privada de los medios de producción. La atención tan particular dada al sector, muy extendido en Italia, de la pequeña y mediana empresa, no releva solamente del cuidado de salvaguardar actualmente una forma dominante de organización del trabajo,²⁰ ni de cuidar esta clase media con la que se busca la alianza política, sino de una opción económica, nacida tanto del análisis de la crisis del gigantismo industrial en los países occidentales, como de las dificultades encontradas por los países socialistas. Esto es lo que impulsa la introducción de F. Ferrari al coloquio organizado por el P.C.I., en noviembre de 1974, sobre la pequeña y mediana empresa:

“En una perspectiva a largo plazo, no concebimos —y la experiencia de los otros países que han llegado a un cambio en las relaciones sociales lo confirma— una sociedad socialista en la cual, al lado de la gran empresa pública, no subsistan la presencia, la colaboración activa, la prosperidad, de la iniciativa privada representada por la pequeña y mediana empresa”.

El reconocimiento por el partido comunista, por un lado, de la iniciativa y el espíritu de riesgo del jefe de empresa como palancas fundamentales del desarrollo, y por otro lado, de la imposibilidad para la economía italiana de salir de un sistema de cambios internacionales fundado sobre un mercado abierto donde domina la ley del beneficio y de la competencia, determina una actitud que a menudo aproxima al P.C.I. a los “managers” más modernos. Repetidamente, se ha podido ver esbozado un acuerdo entre comunistas (Amendola, Peggio) y jefes de empresa (Agnelli) sobre el papel del beneficio y del trabajo, contra la renta parasitaria y la empresa paraestatal colonizada por la Democracia cristiana.²¹

Mantenimiento de una cierta forma de empresa privada, volver a la productividad luchando a la vez contra la huida de capitales y la “huelga” de las inversiones por parte de los industriales, y contra las reivindicaciones excesivas, el laxismo, el absentismo y el corporativismo por parte de los trabajadores, ahí está un esquema que no depende ya de una visión leninista de la economía. Esto no significa que se inserte simplemente en el cuadro reformista y socialdemócrata. El P.C.I. se esfuerza, en efecto, de construir un modelo nuevo del cual cuyo eje sería la programación democrática.

La programación: “Pensamos”, explica L. Barca, uno de los responsables de los estudios económicos en el P.C.I., “en un poder central que defina algunos objetivos prioritarios, alrededor de los cuales debería organizarse la industria privada y pública”. Eso supone un poder estatal muy popular, activo de alguna forma en la cima y en la base del ciclo productivo. En la cima, definiendo las prioridades y controlando estrechamente las grandes empresas públicas, ya se trate de la E.N.I.²² del I.R.I.²³ o de la Montedison, que hoy obedecen más a su lógica propia o a la del partido dominante que está en el Gobierno. En la base, reactivando una demanda no individual e indiferenciada, sino colectiva (los municipios, las regiones, v. gr.) y orientada hacia algunas

20— Entre 1951-1971, ha absorbido tres cuartas partes del aumento del empleo industrial y, según el censo de 1971, 80 o/o de los trabajadores están empleados en empresas de menos de 500 personas.

21— No solamente el P.C.I. no reclama la extensión del dominio público con excepción del sector farmacéutico, sino que habla incluso de devolver al sector privado algunas industrias bajo control público.

22— Institución Nacional de Hidrocarburos (Ente Nazionale Idrocarburi).

23— Instituto para la Reconstrucción Nacional (Istituto per la Ricostruzioni Industriale).

producciones (construcción escolar y social, energía, transportes colectivos, productos de alto nivel tecnológico, etc.)

El P.C.I., que desea hacer la prueba de su capacidad gubernamental, se interesa menos en la elaboración de una teoría económica dependiente de la ortodoxia marxista, que en proponer medidas concretas aptas para sacar a Italia de la crisis —objetivo prioritario— y en potenciar la expansión sobre bases más sanas. El logro de su plan²⁴ descansa sobre su capacidad de persuadir, a la vez a la clase obrera y a los jefes de empresa. Los dirigentes comunistas se esfuerzan en persuadir a la primera: poner el acento sobre la defensa del empleo más bien que sobre las reivindicaciones salariales; combatir cualquier forma de egoísmo reivindicativo y de absentismo; aceptar una negociación sobre la movilidad de empleo, tema candente y fundamental de las relaciones industriales. A la clase dirigente y económica y al Estado, el P.C.I. pide en cambio una reconversión industrial que garantice:²⁵ la ampliación de la base productora y del empleo global; nuevo empleo para los trabajadores afectados por el proceso de reconversión; asistencia a estos trabajadores en la fase de transición.

Estas posiciones no son ni las de los sindicatos ni las de los patronos. Estas posiciones alejan al P.C.I. de los primeros (en particular del sindicato de los metalúrgicos), en la medida que indican un deseo de confiar a instancias políticas —partidos y gobierno— el control sobre la inversión de empresas reivindicadas por los sindicatos.²⁶ Estas posiciones se oponen a los patronos y al Gobierno, en el sentido de que el P.C.I. rehusa abandonar el proceso de adaptación de la oferta y la demanda a la espontaneidad y a las condiciones del mercado. En el plan de reestructuración presentado por el gobierno Moro algunos días antes de su caída, el lugar principal es dejado a la empresa, que recibe una ayuda masiva para superar la crisis. En el plan comunista, por el contrario, todo parte del empleo y de la organización de la demanda pública.

La unidad en la diversidad

La dimensión internacional ocupa un lugar importante en la estrategia del PCI. Quizá es en este campo en el que la evolución del partido es más señalada, si se consideran las relaciones con los Estados Unidos, la opción europea o los lazos con la Unión Soviética.

Las relaciones con los Estados Unidos. Si se piensa en la oposición feroz del P.C.I. a la entrada de Italia en la OTAN en 1949, las recientes declaraciones de los dirigentes comunistas señalan el cami-



no recorrido en 25 años. El P.C.I. no sólo no reclama la retirada de Italia del Pacto Atlántico, sino multiplica los detalles (entrevistas en los diarios americanos, participación de parlamentarios comunistas en misiones a los Estados Unidos) con el fin de tranquilizar a Washington sobre sus intenciones, facilitando “el diálogo y la comprensión mutua”. Dos temas particularmente sensibles a los americanos son así incansablemente repetidos: la vocación democrática del P.C.I. (defensa de las libertades fundamentales y del pluralismo político), y sobre todo su independencia frente a Moscú, y el fin del período del partido-guía en el interior del movimiento comunista internacional.

Esta sensibilidad a las reacciones americanas

24— Tal como se dibujó a partir no sólo de las proposiciones presentadas el 16 de enero de 1976, cuando las discusiones sobre la constitución de un nuevo gobierno, sino también en el conjunto de las posiciones tomadas durante estos últimos meses.

25— *La Stampa*, 14 de enero de 1976.

26— Cuando en una reciente reunión sobre el papel del parlamento, varios dirigentes comunistas han sentido el papel ‘macroscópico’ jugado por los sindicatos y han expresado su deseo de ver al Parlamento encontrar plena autonomía en la elección de las líneas directrices (*Il Corriere della Sera*, 21 de enero de 1976).



se explica por varias razones: al nivel de la política exterior, E. Berlinguer justifica el mantenimiento de Italia en la OTAN por el hecho de que "una retirada unilateral trastornaría todo el proceso de distensión", del cual los Estados Unidos y la URSS son "principales artesanos". Ahora bien, la distensión, si es útil a las dos superpotencias y a la paz mundial, es indispensable a los partidos comunistas occidentales en su esfuerzo de integración a la comunidad nacional.

Al nivel de la política interior, la motivación es doble: por una parte, el compromiso histórico con la democracia cristiana supone un allanamiento de las divergencias sobre política exterior; por otra parte, el logro de una mayoría, de la cual el P.C.I. formaría parte, reposa sobre la neutralidad americana. El ejemplo de Chile y la vulnerabilidad de Italia con respecto al capital extranjero hacen temer las consecuencias de un proyecto americano de "desestabilización".

En fin, en el plan mismo del comunismo italiano, el mantenimiento del país en el sistema occidental garantiza mejor, sin duda, la realización de una "vía italiana al socialismo" que no su pertenencia a una Europa neutra o dominada por la doctrina "brezneviana" de la soberanía limitada.

Europa. También, en este sector, la evolución del P.C.I. es importante, desde la virulenta campaña al C.E.D., en 1954, y el voto hostil cuando el debate

de ratificación del Tratado de Roma, en 1956. Pero el cambio fue hecho antes. Desde 1964 y la apertura en Bruselas de una oficina de información de la C.G.I.L., el partido comunista estaba decidido a luchar, no contra Europa, sino en el interior de las instituciones europeas.

Desde el punto de vista económico, el P.C.I. no ha podido, en efecto, más que constatar los lazos poderosos que atan a Italia con sus asociados del Mercado Común.²⁷ La importancia de las exportaciones —incluso si el P.C.I. rehusa continuarlas— no son descuidadas ni en su papel actual de reempuje de la producción, ni en su función prevista de dejar un campo a la iniciativa privada de los jefes de empresa, estrechamente condicionados en el comercio interior por la programación de un gobierno orientado a la izquierda.

En términos políticos, Europa —una Europa "ni antisoviética ni antiamericana"— representa el mejor cuadro para una política exterior italiana (encontramos ahí la inquietud del P.C.I. de presentarse como un partido de vocación gubernamental) y para la realización de un nuevo modelo de socialismo, ni soviético ni social-demócrata. Los dirigentes italianos tienen clara conciencia, en efecto, de la urgencia de pasar de la escala nacional a la escala europea, si se quiere asegurar el logro de este mode-

27— Más del 40 o/o del comercio exterior se hace con los países de la Comunidad.

lo (“Ningún movimiento comunista puede pensar en Occidente construir solo su vía nacional”).

De hecho, mucho tiempo aislado en Europa, en particular por las divergencias con el partido francés, el P.C.I. ve ahora realizar este reagrupamiento y esta estrategia común de partidos comunistas europeos que ha deseado hace tanto tiempo. Después del partido yugoslavo, en abril de 1975, y del partido español, en julio, el partido comunista francés, en efecto, se ha decidido a seguir —y, si se juzga por las conclusiones del XXII Congreso, preceder a veces— la evolución del P.C.I.

Sin duda las divergencias subsisten. Los responsables italianos han tomado sus distancias en dos intervenciones de las posiciones del líder español S. Carrillo. Una primera vez, después de la entrevista concedida por este último en el diario *Il Manifesto*, afirmando que la constitución de los gobiernos de participación comunista en España, Portugal, Italia y Francia constituiría un polo de referencia para toda Europa, tanto del Oeste como del Este. Si, en el fondo, el P.C.I. está de acuerdo con esta perspectiva, la forma demasiado brutal y agresiva respecto de la URSS ha motivado la reacción de retirada de E. Berlinguer.

El segundo punto concierne a la idea “de un bloque socialista latino”, que S. Carrillo juzga portador de una nueva misión. La desconfianza expresada por S. Segre, encargado de las relaciones exteriores

del P.C.I. en su entrevista con un periodista de *La Stampa*, A. Rizzo en el encuentro de “algunas convenciones geopolíticas”,²⁸ muestra muy bien el cuidado de los dirigentes comunistas en no acentuar la brecha entre Europa del Norte y Europa del Sur. Al nivel europeo como al nivel nacional, el P.C.I. prefiere la vía de vastos entendimientos con otras fuerzas democráticas —en la circunstancia, la social-democracia inglesa y alemana— que la de los bloques socialistas.

A pesar del innegable acercamiento con el partido francés, permanecen diferencias importantes. Estas conciernen a la elección de estrategias interiores: unión de la izquierda en el caso francés, compromiso histórico en el caso italiano, pero, sobre todo, la política europea. Al entusiasmo europeo del Partido Italiano que aprueba en particular la elección del Parlamento por sufragio universal, se opone el nacionalismo intangible del partido comunista francés.²⁹ Los únicos puntos de acuerdo son el rechazo del reporte Tindemans y el rechazo de un armamento nuclear europeo.

28— ‘La Europa unida del P. C.I.’ *La Stampa*, 12 noviembre de 1975.

29 Algunos observadores italianos han visto en la reafirmación de este nacionalismo (a la vez anti-alemán y antieuropeo) una prueba de la alienación del P.C.F. en la estrategia de la U.R.S.S., opuesta a la política de no-alienación del P.C.I.

Los lazos con la URSS. A partir del testamento de Togliatti, agosto de 1964, las dos fórmulas que regirán la política del P.C.I. con respecto a la Unión Soviética y al movimiento comunista internacional son el "policentrismo" y "la unidad en la diversidad". Eso significa que los dirigentes italianos rehúsan la noción de partido-guía del movimiento comunista internacional y reclaman para cada partido el derecho de definir de manera autónoma la línea de acción mejor adaptada a las realidades de la sociedad en la cual se sitúa. Las manifestaciones de esta política son múltiples, desde la negativa de condenar la experiencia china a la reprobación por la entrada de tropas del Pacto de Varsovia en Praga, pasando por las múltiples peripecias de los encuentros preparatorios para la próxima conferencia comunista paneuropea. Es, pues, una posición que se esfuerza en conciliar las "vías nacionales" con el mantenimiento de un internacionalismo y de una solidaridad con el conjunto del mundo comunista en el que se da unida una gran mayoría de militantes y que el P.C.I., iniciador con el partido polaco de la Conferencia Europea, guarda como referencia esencial.

LOS LIMITES DE LA POLITICA COMUNISTA.

La evolución observada en el curso de estos últimos años y la línea de acción que ha desarrollado están lejos de haber resuelto la cuestión comunista. La clarificación deseable choca, en efecto, tanto con resistencias interiores como con dificultades exteriores.

Las resistencias internas

El debate respecto de los temas examinados anteriormente —política e ideología, economía y relaciones internacionales— no ha sido tocado a fondo por el P.C.I. Sin duda la plena aceptación de los valores democráticos, tales como las libertades individuales, el pluralismo político, el ir alternando en el poder, no aparecen como una manifestación de la "dopiezza" ("dobleza") comunista, como una maniobra táctica destinada a facilitar la toma del poder. Pero el mantenimiento de una organización interna del partido fundada en el centralismo democrático deja vislumbrar dudas sobre la capacidad de una clase dirigente —formada en una escuela completamente diferente de la democracia tradicional— para aplicar las reglas. Por otra parte, los grandes temas del pensamiento marxista: la función del Estado, el papel de la clase obrera y del partido que la representa, son abordados más bien en términos políticos adaptados a una realidad en movimiento, que en términos ideológicos. Y la democracia, exaltada como un momento obligatorio del paso al socialismo, es considerada como un medio más bien que como un fin.

Entre las afirmaciones de los responsables comunistas sobre el papel de la empresa privada o la necesidad del pluralismo económico y lo que sería realmente la política económica del P.C.I. en el poder, la concordancia no está tampoco probada. La mística soviética del Plan no forma ya parte del arsenal comunista italiano, ¿pero qué lugar quedará verdaderamente a la iniciativa de los empresarios en un sistema donde una programación rígida fijará los objetivos de producción y los modos de inversión? Tanto más que la crisis de un cierto mecanismo de acumulación y de autofinanciamiento de las empresas, fundado sobre las ganancias hoy desaparecidas,³⁰ da al Estado, quien puede disponer de la distribución y de la repartición de los créditos, medios poderosos de intervención.

En fin, la naturaleza de los lazos con la Unión Soviética no ha sido tampoco enteramente esclarecida. La fórmula de "la unidad en la diversidad" parece insuficiente, en la medida que se afirma la idea de que para el P.C.I., hay dos modos de socialismo y dos modos de libertad, la una en uso en los países occidentales y la otra en la de los países del Este. La timidez de las relaciones italianas frente a un cierto número de acontecimientos recientes —asuntos Sakharov, Plioutch, información sobre los campos soviéticos— muestra, y algunos comunistas lo reconocen, que el debate sobre las deficiencias de las sociedades socialistas no ha sido suficientemente profundizado.

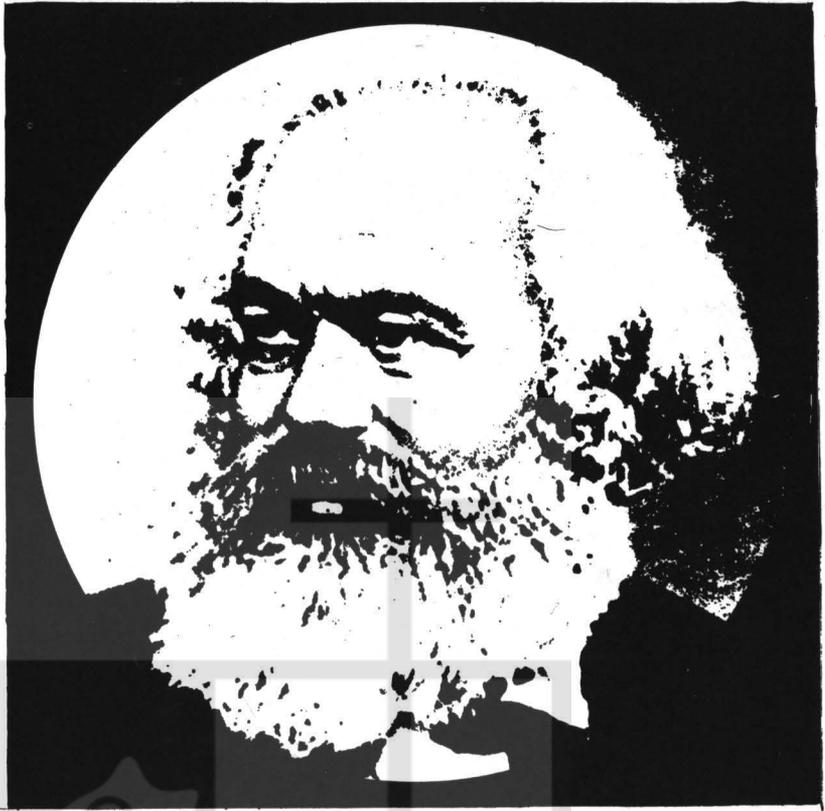
Las dificultades exteriores

Desde 1970, el P.C.I. se ha aprovechado ampliamente de la crisis política, económica y cultural para expandir su audiencia en una sociedad desorientada e inquieta. Hoy, la agudización de esta crisis amenaza por el contrario, desunir el bloque heterogéneo que se ha formado alrededor de él, volviendo más evidentes las contradicciones de la sociedad italiana y más agudos los conflictos: contradicción entre una clase obrera muy avanzada³¹ y otras clases sociales —campesinado, pequeña burguesía—, que no ha participado en el mismo proceso de renovación que ha conocido la clase obrera desde 1967-1968; contradicción, en el seno mismo de esta clase obrera, entre los trabajadores que tienen un empleo y la masa siempre más grande de los obreros parados.³²

30— El monto global del endeudamiento del sector privado se ha elevado a más de 4.000 millares (millar 1000 millones) en liras.

31— En Italia, la ausencia de mano de obra de extranjeros inmigrantes es un factor importante de la potencia del movimiento sindical.

32— 1.200.000, que son el 60 o/o en el Sur.



Actualmente, el P.C.I. tiene pues, que hacer opciones difíciles entre una línea defensiva, para el mantenimiento de los puestos de trabajo y del nivel de vida, y una línea ofensiva, para la ampliación del empleo global; entre el relanzamiento de la actividad de las empresas, que supone una movilidad de la mano de obra, y la protección de los trabajadores. Mañana en el poder, estará abocado a arbitrajes peligrosos. Además, la estrategia misma del compromiso histórico tropieza con obstáculos novedosos. El más importante es la crisis del mundo católico.

Desde el referéndum sobre el divorcio, en mayo de 1974, y el voto del 15 de junio, la D.C. ha perdido una amplia zona de su electorado progresista. La multiplicación de pequeños grupos que rehúsan la representación política única de los católicos por la D.C. añade un fermento cultural a la evolución que han desatado ya las organizaciones sindicales³³ y debilita la representación de las corrientes de izquierda. Al mismo tiempo, la Iglesia ha endurecido bruscamente su posición. La condenación, simultánea del aborto y del marxismo,³⁴ recuerda más los anatemas de Pío XII que la encíclica de Juan XXIII.

En estas condiciones, la justificación del compromiso histórico, fundado en la alianza de las tres grandes fuerzas populares, se torna más difícil. En el interior mismo del P.C.I., no faltan voces³⁵ para acusar a la D.C., "partido de clase de la gran burguesía", como compañero de una mayoría democrática.

Estas voces son aún más numerosas entre los socialistas que acusan al P.C.I. de seguir la antigua política,³⁶ doblemente condenada hoy, donde la parte tradicionalista del mundo católico acaba de mostrar su oposición a toda apertura hacia el comunismo y donde la parte progresista escapa más y más a la tutela de la D.C. y a la de la Iglesia Oficial.

Y es verdad, que la estrategia comunista parece deber más a la experiencia del pasado que a la imaginación de un nuevo porvenir. Sitúa en efecto, en el cuadro del sistema político italiano, tal como hoy funciona desde la Unidad, entre "el compromiso (connubio, transformismo, giolitismo, centro izquierda) y la ruptura radical entre las fuerzas sociales y políticas no homogéneas (fascismo, centrismo)".³⁷

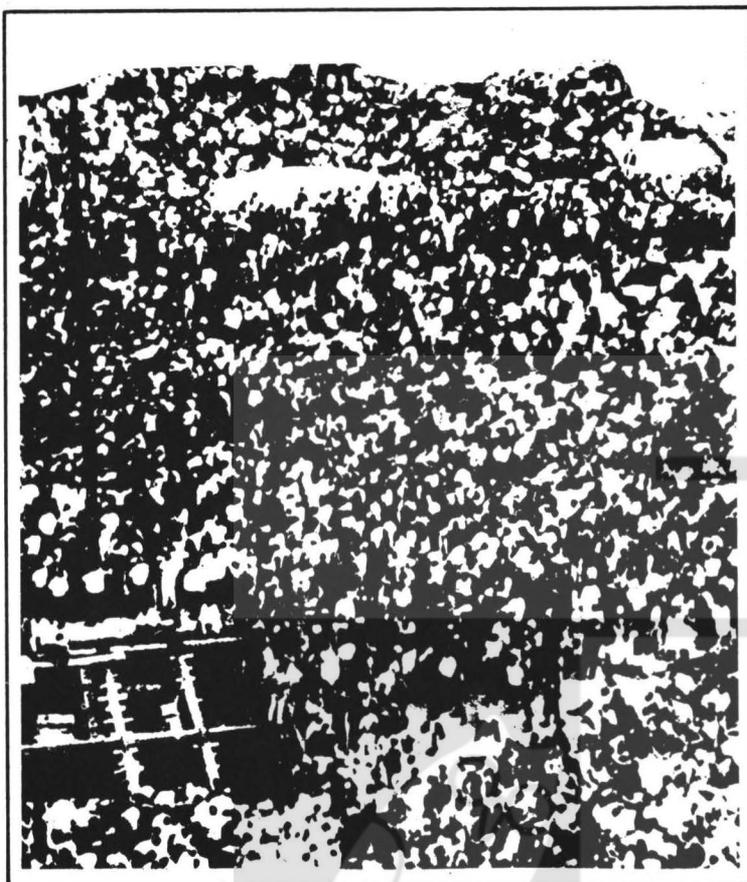
33- A.C.L.I. (Asociación Cristiana de Trabajadores Italianos) y C.I.S.L. (Confederación Italiana de Trabajadores Sindicales).

34- La declaración juzga 'incompatible con la fe la adhesión o el apoyo a estos movimientos que se fundan en el marxismo'.

35- La del senador Terracini, por ejemplo.

36- La del voto del artículo 7 de la Constitución.

37- G. Tamburrano, 'La D.C. si affida all' alternativa', *Il Mondo*, 11 de diciembre de 1975, p. 45.



Tal vez, ha llegado la hora de preguntarse si una tercera vía, sea la alternativa entre una izquierda y una derecha liberadas de los pensadores del pasado, no es más conforme a la evolución de la sociedad italiana. Un sondeo efectuado por el Instituto Pragma, el 12 de enero de 1976, da en este punto indicaciones interesantes, a pesar de la pequeñez de la muestra obtenida: 1,000 personas repartidas en las diez ciudades italianas más grandes (Turín, Milán, Venecia, Bolonia, Florencia, Roma, Nápoles, Bari, Catania y Palermo). Es golpeante constatar que, entre los electores comunistas, 71 o/o se pronuncian en favor de un gobierno de izquierda P.C.I.- P.S.I., eventualmente extendido a los partidos laicos menores, pero solamente el 16 o/o están prestos a asociarse a la D.C. entre los electores socialistas, el compromiso histórico recoge 20 o/o de adhesiones y entre los demócratas-cristianos 6 o/o.

Sin duda, las condiciones necesarias para la realización de esta perspectiva están todavía lejos de darse. Supone, en efecto, sobre el plan electoral, un nuevo impulso a la izquierda, acompañado de un re-

equilibrio en provecho de los socialistas, y, en el plano político, la aceptación por la D.C. de ocupar el lugar de un partido conservador clásico, que ha faltado siempre en Italia, y por el P.C.I. de librarse más completamente de los equívocos que le estorban.

El éxito de la política comunista, a pesar del estímulo de los resultados electorales del 15 de junio, sigue siendo ambigua. Tanto más que, cualquiera que sea la forma que se imponga en el futuro —compromiso histórico o alternativa de la izquierda—, la participación de los comunistas en el poder se sitúa en un clima internacional hostil. Ampliamente beneficiario de la distensión de los años sesenta, el P.C.I. peligra ser la primera víctima del endurecimiento actual de las relaciones internacionales.

Del Centro de Relaciones Internacionales de la
Fundación Nacional de Ciencias Políticas
(F.N.S.P.)